

llorar, y nos parece que el héroe mismo no quisiera por toda la alegría del mundo renunciar á la augusta prerrogativa de su dolor. Estas son las obras que llamamos románticas, tales *Werther*, *Otelo* y *Romeo y Julieta* y la dulce y tristísima *Geneveva* de Lamartine. Tristeza de melancolía. Esta es la tristeza de los libros de versos, porque el poeta, cantor de los dolores de su propio espíritu, nunca á sí mismo se desampara y siente para su dolor compasión femenina, porque todo poeta que lo es de veras tiene en el alma algo de mujer.

Otras veces el alma del narrador se esconde; él cuenta como acaecieron tales desventuras, cómo tales dolores y tales llagas vulneraron cuerpos y corazones; nos habla de la angustia y del sollozo; pero él ni solloza ni muestra padecer: los héroes están solos, frente á frente con su mala ventura: así Shakespeare hace que pase ante nosotros la tragedia de Hamlet, así cuenta la Biblia los dolores de Job y narra el Evangelio la Pasión de Cristo, diciendo: «Pasó»; «El dolor ha pasado» ó «Mirad como pasan el dolor y la duda». Y entonces la tristeza que sentimos leyendo el libro ú oyendo la tragedia es de desamparo, y el llanto que dejamos caer sobre las páginas es amargo y no tiene consuelo, porque lloramos frente á la soledad: bien quisiéramos alcanzar con los brazos á

sostener al que desamparado está padeciendo, ¡y no podemos! ¡y no alcanzamos! que el narrador ha puesto entre aquel dolor y esta emoción nuestra el abismo de su silenciosa impersonalidad: ¡y Cristo llora solo, y suda sangre en el Jardín de los Olivos!

En otras dolorosas historias el autor es cruel: su corazón, como dejándose vencer por el intelecto, parece tomar armas contra el héroe—que entonces es como nunca sin ventura.—Las desdichas llegan como traídas por mano sabia, refinadamente y encadenadamente: bien se ve entonces como es el brazo del autor el que mueve el azote, y bien se oye como complacido en la perfección de su trama, apartándose un tanto del flagelado y escarnecido, acaso se rie, y ayuda en sus burlas á los que burlan de él. Modelo de estos libros es el Quijote: Cervantes, con impasibilidad abrumadora, va prolijamente dejando caer palos y piedras, vilezas é inmundicias sobre el caballero bien molido y mal andante. En toda la primera parte de la historia no hay un solo momento de piedad: la vuelta lamentable de aquella primera salida, con el cuerpo maltrecho y el romance en los labios; molinos de viento, mozos de mulas, yangüeses cobardes, innumerables trabajos en la venta fatídica, miedo y corrimiento junto á los batanes, peniten-



cia en la Sierra, golpes de Cardenio, encantamiento ruin: y vuelta enferma y triste. ¿Y quién para compadecer tanto mal? Nadie. Cervantes ha alejado el amor de su héroe. Ama y sobrina lamentan el desvarío de su tío y señor con indignación egoísta, y en sus duelos va siempre el propio interés por delante; socarrones el cura y el barbero y nada conscientes de la suprema dignidad de un hombre solo por serlo y de la máxima reverencia que se debe al alma cuando es niña ó es loca ó está soñando, burlan al hidalgo y procuran su vuelta á la cordura con más bellaquería que compasión, y se rien del dolor de su cuerpo; Sansón el bachiller que de su desvarío quiere sacarle á golpes, no sabe perdonarle por desvariado los que de él recibe y busca venganza y la logra cruel, ya que es tanta la melancolía que el vencimiento causa á D. Quijote, que trae por la mano la muerte. Cruels son las burlas de los duques con toda su aparente cortesía, cruels y desagradecidos cuantos de D. Quijote reciben favor, cruels hasta en la hora del morir, cuando á pesar del duelo y á pesar de la sombra de la muerte, «con todo—dice la implacable historia—comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza», por amor de la herencia. Amarga es la tristeza que la muerte del buen caballero deja en el corazón de quien la lee.

¿De qué murió? «Fue el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan.» ¿Cómo murió? «Morir cuerdo y vivir loco» escribe en su epitafio el bachiller. ¿Hay más desconsoladora melancolía? Morir cuerdo, después de haber vivido loco. Hay ciertamente para morir con solo despertar á la razón después de haber vivido la radiante y musical locura épica; hay para morir viéndose flaco y viejo quien se creyó galán y valeroso, viéndose pecador—él juzga su locura pecado—quien se soñó espejo de limpia excelcitud, viéndose sin amores el que fue enamorado de Dulcinea. ¿Y cómo soporta el desengaño del alma y el acabamiento de la vida aquél espíritu que fue noble hasta el punto de guardar la más alta nobleza en el desvarío, pues no eligió en el mundo del ensueño—para él abierto de par en par—papel de emperador y camino de flores y ley del propio gusto, sino vida de caballero andante y senda de trabajos y ley de inagotable caridad? Dice su historiador hablando de la revelación siempre tremenda: «Oyólo D. Quijote con ánimo sosegado.» ¡Muerte, como su vida, de poeta! Alma templada á golpe como acero, en pie estás tú si el cuerpo que animaste, rendido á la enfermedad y la desventura, yace en el lecho precursor de la tierra y del sudario; en pie estás, lanza en ristre, aguar-



dando á la muerte—último encantador—para vencerla con la inmortalidad. «Y así dió su espíritu, quiero decir—dice Cervantes—que se murió.» ¿No os parece esta frase, cortada de ritmo, comenzada con afectación retórica y traída de golpe en mitad del camino á términos vulgares, no os parece, digo, una última y cruel carcajada, un supremo desdén del historiador al historiado? Yo de mí sé decir que es una puñalada de amargura. Porque así es la tristeza de este libro admirable; la tristeza de todos los libros en los que como en él se ensaña el narrador contra el héroe malaventurado, amarga y rebelde. ¿No sentís una calentura de ira ante esta persistencia de la mala suerte? ¿No os bulle la sangre, atropellada y rencorosa, contra todos, sucesos y personas, cuantos á D. Quijote hicieron mal? Y más que contra todos contra aquellos que pretendieron y lograron quitarle su locura, única razón de su existencia, despojar para él la visión de la vida y del mundo del sortilegio, del velo mágico, de la niebla de oro que se los hacía apetecibles y deleitables. ¿No pensáis como yo que el primer deber de todo hombre para con las almas de sus hermanos es conservarles la que Ibsen llama *mentira vital*? ¿Tenemos derecho á poner nuestra mano sobre una ilusión? ¿Acaso podemos ni debemos llegarnos al misterio de cualquier hu-

mano pensamiento sino con reverencia temerosa? ¿Acaso sabemos con qué voz habla la verdad? ¿Quién ha venido á revelarnos la razón de la sinrazón? Cada alma es un templo, porque allí donde existe un misterio él á sí propio se levanta un altar: pasemos sin quemar incienso, si es que nuestra razón no nos deja creer; pero nunca derribemos el ara, que tal vez sobre el ara está el espíritu y ¡ay del que peca contra el espíritu!

El misterio está en derredor nuestro como el aire, y como el aire para la vida, así es él alimento indispensable para esta otra vida interior, sin la cual la del cuerpo es harto menguada y despreciable: el misterio está en todo, y nosotros inconscientemente nos acogemos á él y le celebramos siempre que intentamos celebrar alguna de las cosas que nos parecen bellas y respetables. Así, hablamos con amor de la inocencia de la niñez y respetamos los entusiasmos de la infancia y sus arrebatadas rapsodias y los vuelos de su fantasía hacia el mundo de lo maravilloso, y nos detenemos con respeto ante el mirar, á un tiempo profundo y vago, *vidente*, pudiéramos decir, de los ojos de un niño ante la inmotivada sonrisa de otro niño que está durmiendo. El misterio es quien hace para nosotros todo esto respetable y sagrado, quien pone en aquella mirada una suprema signi-



ficación y un sentido alto en aquella sonrisa.—¿Qué ves, qué sabes?—quisiéramos decir al niño que mira ó que duerme—¿por qué jardines ó por qué senderos está vagando tu alma, cuya visión así cuaja tus ojos y hace sonreír tus labios? Misterio: y por serlo, hermosura. Por el misterio nos conmueven las voces lejanas, y las músicas oídas acaso, y que no sabemos de dónde vienen; por el misterio de su ritmo, que es como voz que hablase en lenguaje desconocido, nos hablan al alma—que en todas las lenguas es maestra—el son del agua y el gemir del aire y el canto de los pájaros entre las ramas de los árboles, que también á su modo cantan ó gimen; por el misterio nos sobrecoje con melancolía el caer de la tarde y el ir llegando de la noche, puesto ya el sol, misterio, no presente, sino heredado de los días pueriles de la humanidad, cuando ignorante de toda ciencia el hombre temblaba ante las sombras creyéndolas figura ó símbolo del mal; por su misterio amamos la luz silenciosa de la luna, y gustan los que no son poetas de escuchar versos, que también les suenan á bello lenguaje desconocido; por el misterio amamos la esperanza del amor más que el amor logrado, y soñamos con lo futuro y nos dejamos acariciar por lo que fué presente y ya es pasado, cuando el recuerdo [esfuma las crudezas de lo real amable,

y misteriosamente, por su misterio jamás desvelado, amamos la vida, y por el suyo temeroso estamos enamorados de la muerte, «la inexplorada región—dice Hamlet—de la cual ningún viajero retorna». Porque misterio no es sino otro nombre de poesía, y la poesía es la madre y la amiga y la arrulladora de todo humano corazón.

Misterio fué y poesía para D. Quijote, bajo la enramada de profusos castaños, el sonar del agua de aquel arroyo de los batanes, que de lo alto con espumas se despeñaba; misterio y poesía tan intensos que llegaron á infundirle pavor; por eso es gran crueldad la de su destino que, valiéndose de la luz del alba, le muestra su engaño, y cómo los rumores y temerosos golpes vienen de los plebeyos mazos. «Miróle Sancho, y vió que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido.» Y esta confusión de D. Quijote es suceso amargo y lástima digna de ser llorada, bien que Sancho ante ella—nueva amargura sobre lo amargo de la desilusión—sólo acierta á reír. «Miró también D. Quijote á Sancho, y vióle que tenía los carrillos hinchados y la boca llena de risa.»

Poesía y misterio es para el caballero soñador la sigilosa entrada de Maritornes, á la hora propicia al amor, en el camaranchón donde maltrecho yace; poesía el trasnochado aliento y los ojos tier-



nos y los cabellos como crines de la fregona, merced al misterio con que la noche misericordiosa los envuelve; y por ello es crueldad no menos grande el despertar villano y el candilazo del cuadrillero sobre la frente ensoñadora. Fingidas pastoras halla D. Quijote en fingida Arcadia; preso en el misterio de sus redes y de su cortesía, quiere no menos cortesmente sustentar su hermosura á los cuatro vientos de un camino real; y por ser la empresa de tan plácida y señorial poesía es más cruel el cruelísimo desenlace. «Cuando esperaba—dice el una vez más asendereado caballero—cuando esperaba palmas, triunfos y coronas granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces.» Y á tal pena le lleva su desventura, que dice luego: «... de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes.» Si no hubiera en el mundo,—pudiera muy bien haberse respondido á sí mismo el infeliz hidalgo—, muerte de melancolía.

Y así desde que el libro empieza hasta que da fin. Ahora bien: amando el lector sobremanera á D. Quijote y viéndole tan mal tratado de quien imaginó su historia ¿no ha de sentir cierto rencoroso desvío hacia el creador implacable? No; este es otro milagro de la maravillosa invención: no sé

por qué magia ó por cual sortilegio la persona de Cervantes se confunde para el que lee y se hace una con la de D. Quijote; acaso contribuye á esta ilusión el saber, como todos sabemos, que la vida de Cervantes fué también pobre y melancólica, que padeció también tristeza, desnudez, hambre, prisión, mercedes de grandes y desdenes de necios; acaso sea parte á este espiritual hermanamiento el que su figura se nos aparezca, como la de su héroe, á las puertas mismas de la vejez, con la amargura de la decadencia del cuerpo sobre la lozanía del alma inmortal; de otros artistas, de otros grandes ó célebres ó por cualquier modo ilustres varones podemos fantasear la juventud; los vemos en la gloria de sus años mozos, en la hora de la esperanza, con los ojos encandilados, la frente serena y los labios entreabiertos con risa esperando el manjar de la buena ventura: á Cervantes, viejo le vemos siempre, manco le amamos, tanto suena á la posteridad su pobreza como su ingenio; por la lisonja cincelada de sus dedicatorias corre el amargor de la limosna recibida; lo que de su hogar ha dejado venir hasta nosotros el paso de los tiempos, más que gloria de amores es niebla de resignación; las mujeres que rodean al soñador son nobles mujeres llenas de abnegación, rezadoras y silenciosas, heroica y melancólicamen-



te avenidas á vivir á la sombra gris de un ideal que no entienden, y del cual sólo se les alcanzan los sinsabores esculpidos á arrugas en la frente del marido, del hermano, del padre aún más respetado que querido.

Por todo este gris que envuelve su vida, acaso es Cervantes hermano de su D. Quijote; acaso es D. Quijote mismo: como sobre la aridez de la Mancha el espejismo de las andantes caballerías, sobre el yermo de la vida pobre el espejismo de la belleza y la visión del arte. Cervantes, bien sumido én sus desdichas, se complace en afligir con ellas á un hijo de su pensamiento, y ahonda y revuelve en la llaga con desesperada complacencia.

Caballero triste, y vos, no menos triste engendrador de su triste figura, de la mano vais pasando por los siglos, aureolados de una misma gloria, en la memoria de las gentes; por las inacabables aventuras que ambos soñasteis, por las heridas que ambos recibisteis, por Dulcinea á quien los dos amasteis, por las palabras peregrinas que uno y otro supisteis decir, sufrid que un soñador de estos tiempos ponga un instante el gozo de su sueño á vuestros pies, y que deshoje para vosotros las rosas alegres de su corazón, regadas por hoy — en reverencia de vuestra melancolía — con rocío de lágrimas.

DIBUJOS DE RICARDO MARÍN